

Mientras los hombres mueren

por Leopoldo de Luis

Años cuarenta. Dos libros fundamentales. Son el milagro poético de la postguerra. ¿Poéticamente estériles aquellos años, como dicen algunos? Mala fe es necesaria para decirlo, porque la realidad deshace el tópico insidioso. Tras los títulos de Aleixandre —*Sombra del paraíso*— y de Dámaso Alonso —*Hijos de la ira*—, dos nuevas corrientes poéticas que fueron a dar en un romanticismo de lírica honda o en la llamada poesía social y su versión existencial.

Un tercer libro alcanzó semejante altura y tuvo asimismo larga repercusión. *Mujer sin edén* (1948), de Carmen Conde. Ninguna otra obra resulta tan original ni alcanza tanta trascendencia en la poesía escrita por mujeres como este gran libro que sitúa a su autora, para mí, en el primer lugar de la poesía femenina española.

Mujer sin edén interpreta con tensión dramática y emoción intensa la condición de la mujer en el mundo, a través de la historia, desde la visión judeo cristiana de la civilización occidental. No es un libro religioso, a despecho de la intertextualidad que tanto lo vincula a la Biblia. A despecho, también, de críticos

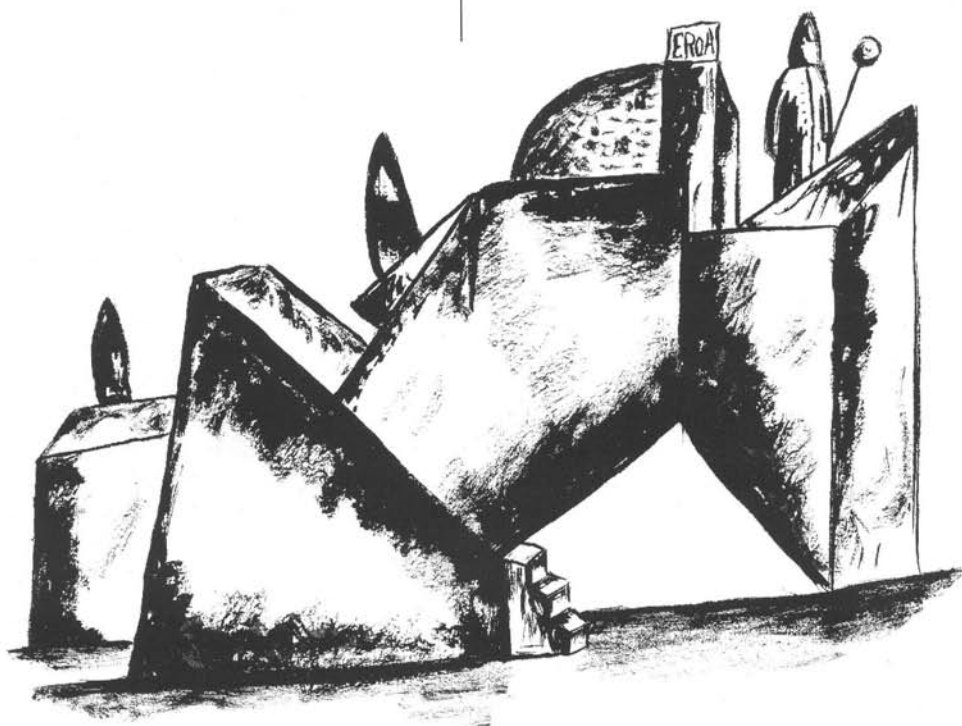
que, en su momento, quisieron comparar a la autora con Santa Teresa. Carmen, en su obra, no tiene nada de mística: ni siquiera de asceta. Es rebelde. Su libro es de protesta e imprecación. Aunque no hubiera escrito más, Carmen Conde merecería la calificación de primera poetisa española.

De *Mujer sin edén* me ocupé varias veces, desde hace años, y aun prologué la edición española de 1985 (Ediciones Torremozas, Madrid). De su bibliografía en general y de su biografía escribí en el volumen 15 de la Colección "España, Escribir hoy" Ministerio de Cultura, 1982). Su muerte hace que para mí, tras medio siglo de amistad, resulta emocionante y triste escribir de nuevo en torno a su nombre.

Lo haré refiriéndome a un libro suyo menos recordado de lo que debiera: *Mientras los hombres mueren*. Data de 1938/39 y pertenece a lo más hermoso de la literatura de la guerra civil. Libro de dolor, de solidaridad, de protesta, "fue escrito en un tiempo de inmensa amargura por lo que la guerra destruía y seguirá destruyendo. No unos hombres determinados sino todos los hombres son llorados aquí, con el profundo desconsuelo que siente una mujer ante los inescrutables designios que permiten el horror donde habitaba la confiada sonrisa".

Está compuesto el libro por treinta y tres poemas, a los que se añaden tres sin numerar, y un segundo apartado de otros veintiún poemas que se agrupan bajo el epígrafe de "A los niños muertos en la guerra". Todos los poemas están redactados en prosa, un prosa poética que, por decirlo todo, quizá debe algo a las lecturas de las versiones juanramonianas de Rabindranath Tagore, y a la amistad de Carmen con Gabriela Mistral. De toda suerte, su personalidad es descollante y su autenticidad alcanza grado de convicción.

En el conflicto que desgarró a España al filo del primer tercio del siglo XX, Carmen Conde abrazó de manera decidida la causa republicana. Su conciencia estuvo de ese lado, pero su dolor es universal. La circunstancia tiene un



color, pero la poesía absorbe el colorido de sangre y muerte. Escrito desde una trinchera concreta, su onda emocional cubre todas las trincheras del mundo. Una guerra histórica, se proyecta sobre cuantas vulneran a la Humanidad. Tal es el valor, sin más encarecimientos, de la gran poesía.

La poesía de guerra se alza de sólitamente proclive al canto épico. Mira hacia los frentes de lucha y adopta voz himnica o brota en lágrimas elegíacas. Son dos actitudes que miran ya al héroe, ya a la víctima. Pero esta poesía mira cara a cara a otra criatura sufriendora de castigo, que es, acaso, el castigo mismo personificado: el dolor. En forma humana, el dolor es la criatura maltratada por la guerra y que parece nacer de la tierra misma, que parece un ser parido por la tierra y sumido en ella, después de vagar sangrando por un paisaje de trincheras y campos bombardeados. Por eso hay un profundo sentido de lo telúrico en los poemas de Carmen Conde: "A los hombres que mueren yo los sigo en su busca por entre las raíces y los veneros fangosos, pues ellos y yo tenemos igual designio de sueños debajo de la tierra". A veces da la sensación de que es la tierra misma la que alza la voz. Una tierra "hecha de púas, senos, vasijas de sexo adolescente sin abrir", una tierra donde su mezclan "ojos deshechos, pechos escurridos, agujeros de grito, rodillas de sollozos", y en ella encontramos a los muertos, asesinados, suicidas, estrellados de dinamita. Es el terror, que la poetisa ve como los dedos en el costado que fue de Cristo y que zumba en la sangre como dos mil años inútiles frente al odio.

En este clima poético y humano, no podía faltar un temblor de temura ni tampoco una angustia maternal. Así, la pena monta caballos azules, y los ojos hacen azules los gritos, poniendo un matiz de belleza consoladora. Y así, aparecen mujeres que no lograron parir nada contra la muerte, y otras —la propia poetisa— que exclaman: "No pariré hijo de carne mientras la tierra haya las furias amarillas". En la sensualidad que siempre enriquece la poesía de Carmen, los sentidos juegan su papel a cada paso: "lo que sonreía dichoso de oler el azul de la vida tierna". Es una poesía capaz de percibir que un color huele, capaz de apreciar



Carmen Conde entre Leopoldo de Luis (a su izquierda) y Manrique de Lara

que el azul transmina perfume. Y, en resumen, capaz de hacer suya la vida en la fuente de los sentidos.

¿Se enriqueció ese juego sensorial de la poesía de Carmen, nacido inicialmente de auras juanramonianas, con el aporte de surrealismo que, aunque no en gran medida, la alcanzó? Creo que sí. Sólo con breves calas en este libro obtendríamos confirmaciones: "Mi circulación recorre las mismas raíces que los zumos que socavan la tierra de tumbas, y vivo con sangre de cirios en los labios, cirios que el pasado olvidó en imposibles altares de nubes o dioses de trágico sino, por estos hombres y por estos niños que se rajan en arteriales zumbidos bajo edificios siniestros de llanto". O también: "Se empezaron a doler las tumbas con los quejidos de las madres parturientas: / "Las alcobas se partieron como frutas podridas" / "Mi dolor oscuro tenía tres alas lentas. De nadie era la mano que ordeñaba leche negra para rebaños agonizantes". / "De todos eran los pies que crujían las rebanadas del suelo seco de luz". Pero esta última palabra, *luz*, nos hace recordar cómo, a lo largo de toda su obra, Carmen Conde se nos presenta como una mujer que avanza con una luz entre las manos. *Sea la luz* es un libro suyo de 1947 en el que se contempla la imaginaria despedida del cuerpo, de su realidad física, ante el acabamiento destructor de la muerte, pero con el reflejo de una eternidad que mantendrá la luz. Ya en

este libro de 1939 se busca la luz: "Nadie sabe dónde está la luz", exclama, pero pronto reacciona y, decidida declara: "Solamente yo soy el ser que sí conoce su luz". Claro, ella conocía su luz, porque su luz era una ansia de vida, de fe en la vida.

Hay dos grandes luminarias en *Mientras los hombres mueren*: el héroe colectivo y la libertad. "Hemos parido un héroe —dirá, con su vocación ¿frustrada? de madre—, un hombre que contiene en sí, en su sangre aprisionada, millares de seres que murieron con su locura dentro". Ese héroe es todo un pueblo con capacidad de lucha, con fuerza colectiva. Pero hay algo que salvar: "Hombres que sucumbisteis, y hombres que prevalecieron... ¿qué hicisteis todos de la Libertad?"

Junto a esas luminarias, hay un halo de esperanza: los niños. En 1934 había publicado Carmen Conde *Jubilos*. Poemas de niños, rosas, animales, máquinas y vientos. Gabriela Mistral la saludó entonces, encomendando a las manos de las poetisas "conservar, celar y doblar la infancia de los hombres". Pero aquí, en *Mientras los hombres mueren* —sin infancia posible— Carmen ve la muerte de los niños víctimas de la guerra, y una de sus obsesiones es pensar si los pilotos de la aviación enemiga, que hacen a los niños blanco de sus bombas, no serán padres. "¿Ningún aviador enemigo tiene niñitos que levanten sus manos al viento

de las hélices?" Es claro que estos poemas de la última parte del libro se matizan de ternura y piedad. Son quejas entrañables, aunque indignadas. "Iba el niño por entre los cuatro riachuelos de cuatro esquinas frías. Llevaba en las manos, mojadas de naranja, un caballo de cartón azul..." Otra vez el azul; otra vez el símbolo de la delicadeza y del espíritu. Un símbolo que viene desde el Modernismo —Juan Ramón en el camino— infundiéndolo su bello temblor. Carmen lo utiliza una vez más para colocarlo, como una flor mojada de llanto, sobre el cuerpecito deshecho por mano del odio.

Clamó Carmen por la paz en este intenso libro, uno de sus más graves y hermosos libros. "¡Acérquese la Paz, vénganos el día de la Paz, aunque las madres no recobrarán a sus hijos muertos, ni los niños a sus padres!" Y concluye con un dramático y amargo testimonio: "como un súbito alud inmenso terminó la guerra: se desplomó la paz".

carmen conde



1938-1939

I

Mientras los hombres mueren os digo yo, la que canta desoladas provincias del Duelo, que se me rompen sollozos y angustias contra barcos de ébano furibundo; y la fruta par de mis labios quema de suspiros porque los cielos se han dejado hincar imprecaciones sombrías.

A los hombres que mueren yo los sigo en su buscar por entre las raíces y los veneros fangosos, pues ellos y yo tenemos igual designio de ensueño debajo de la tierra.

¡Cállense todos los que no sientan doblar de agonía hoy, día de espanto abrasado por teas de gritos, que esta mujer os dice que la muerte está en no ver, ni oír, ni saber, ni morir!

III

En la más ahondada raíz del mar clavaron mis hermanos sus gritos de terror: ¡No queremos morir! —y los ojos hacían más azules a los gritos. Y el mar se fue creciendo, monte y monte denso de carne verde con cuellos de alados encajes, hasta que el cielo lo recibió poseyéndolo en clamores.

Yo iba por las noches negras, sin rosas de sol en mi frente. ¿Cómo encender mis sienes si aquellos a los que yo amaba tanto apagaban sus brasas en el gemido desbocado del morir?

¡Dadme un barco con el más esbelto pabellón de sonrisas para alcanzar el llanto que brotas tú, Mar, y que nacen los míos en agonía desbordante! ¡Que yo quiero ser fuerte, que yo quiero ser ágil, que yo contendré la vida que se derrama por la vid de los muertos!

De *Mientras los hombres mueren* (1953)

poema de